

Santanillas, vino a nuestro lugar del brazo nada airoso de Juan Antonio para deslumbrar por algún tiempo a los habituales del paraje a finales del siglo.

Con este derribo puede decirse que desaparece todo un mundo de costumbres o modos de vivir del cual el lance amoroso del hijo de Candeales no pasa de ser un episodio del Madrid romántico que durante un siglo vertió en el Paseo de Alcázar la esencia de su casticismo y matizó con sus aires el constante bullir del barrio de la Estación en el que no escasearon ciertamente los rasgos de la chulapería de Lavapiés, las majezas de las timbas y las mujeres retiradas del café cantante o del de camareras por hombres del pueblo que se sintieron impulsados por un espíritu de redención muy a tono con el pensamiento del lugar y lograron, precisamente por ellas, una vida honesta —el diablo hartado de carne se metió a fraile—, sin evitar por eso la adulteración de la suya propia y aun la del pueblo todo que mostró, en esto también, su transigencia y liberalidad, con un criterio real más atento al fondo que a las apariencias de las cosas, pues estos hombres solían ser, además de buenos, modelos de formalidad y lo acreditaban incluso, con esta decisión.

Lo de Juan Antonio no era eso, pero de allí venía, con eso se relacionaba y en ese ambiente cayó, como signo de suerte para él que nació con esa estrella de tener aquel padre cuya intrepidez le llevó a tener aquella mujer, muñeca compensadora de un matrimonio burgués y estéril que le legaría sus caudales y pasarían a manos de Juan Antonio, como los de su padre, permitiéndole una vida comodona y holgada, sin pena y sin gloria ni siquiera descendencia; vaya usted a saber si por las mismas andanzas madrileñas, porque se volvió a casar y tampoco la logró siendo las familias fecundas.

AIRES MADRILEÑOS

Aquellos atardeceres míos de juego en el Paseo y, sobre todo, aquellas mañanas, mucho más continuadas por estar ya sujetas a obligación, me prepararon tan bien para la vida de Lavapiés que nada me causó extrañeza y pude continuarla como si fuera la misma, pues muchos rincones hasta exhalaban idéntico olor a vinos de Jerez y tabaco puro de la Habana.

La gente iba y venía y como Alcázar tiene de siempre esas facultades adaptativas, dió tocares y cantores suficientes para que las bailaoras y camareras de la calle de la Encomienda, de la Esgrima o de la Magdalena de la Villa del Oso y del Madroño no desdeñaran sus actuaciones en el paseo de la Villa de Alcázar ni tuvieran dificultades de comprensión ni de alojamiento. Aquello y ésto eran la misma cosa y Alcázar, segundo Madrid, mucho menos discrepante del primero que lo pudieran ser Vallecas o Tetuán de las Victorias. Salvo la aglomeración y las casas de tres y cuatro pisos, la misma gente y en las mismas condiciones se veía por las mañanas en el Paseo que por las calles de la Primavera, de Buenavista, del Olivar o de la Fé, pongamos por ejemplo, de un barrio donde los nombres claros, expresivos y eternos formaban legión, como las chavalas de oficio, las mujeres dispuestas y los hombres tumbones que se beneficiaban de su trapío.